

ahorrar un tercio de esas cantidades poniendo un poco más de prudencia y de lentitud en sus reformas; más, para la mayor parte de las nuevas medidas, obrar enérgicamente parecía á la vez una necesidad y una ventaja; el único reproche que se puede dirigir á la Asamblea nacional, reproche anonador, el de que, en vista de tales embarazos, no se hubiese decidido á obrar con más economía, moderación y orden.» Reproche justo, pero que igualmente puede reclamar el beneficio de las circunstancias. La lista civil del monarca era un ejemplo patente del despilfarro de la Asamblea, pues, como ya hemos dicho, con su generosidad acabó por dar á la corona los medios para que continuase pagando las pensiones de sus criaturas encargadas de conspirar dentro y fuera de Francia. Pero la Asamblea pasó por todo, con la esperanza de atraer al rey y á la corte al liberalismo, y esta ilusión la pagó cara en todos sentidos.

En efecto, desde el momento mismo en que fué aprobada la constitución civil del clero, el rey, la corte, cambiaron radicalmente. Hasta aquí se ha dicho, el rey no sabía si conciliarse con la revolución ó no, desde este momento reconoció que no podía ser más que su enemigo. El amor de su familia, y el amor de su religión llenaron completamente su existencia en los días felices, ahora en sus días tenebrosos no hallaba consuelo mas que en sus brazos. De aquí el fatal ascendiente que sobre él tomó María Antonieta, y como el débil Luís toda su vida sufrió la imposición ora de unos ora de otros, la de su mujer se hizo irresistible, pues á esta circunstancia se unían condiciones de carácter tales, que Mirabeau exclamó una vez que, «el único hombre que el rey tenía á su lado era su mujer.» Sin embargo, María Antonieta no reunía las circunstancias que lo crítico de los sucesos exigían. Sybel ha dicho «que carecía de conocimientos y de perseverancia.» Mas como la revolución la hirió en lo más íntimo «mientras el rey se preguntaba cada día si podía aceptar de una manera honrosa el papel de monarca constitucional, María Antonieta estaba firmemente resuelta á no sufrir tal humillación; en cuanto á los medios que se debían emplear para resistir, no los conocía ella mejor que el rey. La única cosa que en ella era inquebrantable era el odio contra las personas que una vez le inspiraban aversión, y por encima de todos detestaba á los grandes señores que se habían pasado al liberalismo y á la revolución...» «Esta manera de ver era la de los soberanos alemanes en general, que consideraban la fidelidad á la corte como el primer deber natural y principal de la nobleza. Con tales

disposiciones era imposible que la reina llegase á un resultado serio y ejerciese una influencia permanente. La indignación, la conciencia de sus deberes políticos, el sentimiento de su dignidad ofendida, pudieron provocar en ella algunos arranques enérgicos, pero muy pronto caía fatigada y desalentada. Con este temperamento se puede llegar al heroísmo y al sacrificio, no á la conducta sostenida y firme que necesitaba junto al rey. Esta manera de obrar no causaba otro efecto en Luís XVI que aumentar su espanto por toda empresa atrevida y peligrosa para su familia. Sin embargo, en esta época, no había más que elegir, ó el peligro ó la ruína completa..

»El rey, en esto como en todo, se dejaba llevar por sus sentimientos religiosos. Por los futuros peligros se ponía en las manos del Señor; pero hubiera creído pecar contra la ley de Dios exponer á ellos á los suyos. Las consecuencias de esos sentimientos se encuentran en todos sus actos, lo mismo en el consejo de ministros que enfrente de los tumultos de París. Los cortos alcances de su espíritu le ayudaban á someterse á las violencias de su época. Sino osaba tomar iniciativa alguna en nada que tocase á la política, miraba como un deber no apurarse por el mañana. Cuando las desgracias del tiempo le castigarán rudamente, la Iglesia le ofrecerá apoyo y esperanza. En todas las dificultades, no tenía otro consejo ni otra regla que el no pecar.»

Cree Sybel que á un hombre de tales condiciones se le habría podido imponer facilmente el nuevo orden de cosas creado por la caída del gobierno feudal, pero que las reformas eclesiásticas hicieron ya imposible lo primero. Nosotros no podemos asentir á la primera de estas afirmaciones. Basta, á nuestro modo de ver, recordar todo lo pasado, y ver con cuanta facilidad pasaba el rey de sus mejores disposiciones á las más opuestas. Creemos sí, que si hubiese sido posible aislar á Luís XVI ó bien rodearle de personas adictas á los nuevos principios, se hubiese conseguido someter á Luís por vía de resignación, jamás por voluntad libre y consciente. Querer ver en Luís otro hombre que Carlos I de Inglaterra es querer profesar el error por sí mismo. Uno y otro cuando se sometían lo hacían con reservas mentales, y uno y otro sufrieron las consecuencias del temperamento de sus mujeres. Más brava, más resuelta María Enriqueta que María Antonieta, llevó á Carlos I al campo de batalla, en lo demás una y otra se parecen. Las dos querían ser reinas, pero reinas indiscutibles, como lo eran Cata-

lina de Rusia ó Cristina de Suecia en los días mismos de la revolución francesa.

Sybel nos parece que está en lo justo cuando señala la actitud de Mirabeau en la Asamblea nacional á propósito del juramento que debía prestar el clero, como lo que decidió la ruptura completa entre la corte y el gran orador. Sucedió, como era de esperar, que unas dos terceras partes por lo menos del clero de Francia, se negó á prestar el juramento de obediencia y adhesión á la constitución civil del clero; que esta cuestión fué á la Cámara, y que ésta, indecisa en vista de los peligros que amenazaban de un rompimiento definitivo con el clero, vacilaba, cuando Mirabeau, con su elocuencia fascinadora, resolvió la cuestión en favor de los temperamentos enérgicos en la sesión del 26 de Noviembre de 1790, pero Sybel debía decir que esto no fué más que el pretexto, pues si el mismo averiguó la fecha de los poderes que se dieron á Breteuil para la contrarrevolución, y estos poderes son del 20 de Noviembre, ¿cómo podían continuar las inteligencias entre la corte y Mirabeau, cuando aquella volvía á adoptar los planes de los conspiradores?

Fijemos bien los hechos, pues hemos llegado á un momento que va á ser decisivo para la suerte de los reyes.

Del antiguo gobierno de Necker sólo quedaba al lado del rey, Montmorin, realista convencido é idólatra de sus monarcas. Mientras creyó que Lafayette sacaría al rey del apurado trance en que estaba, y que más ó menos devolvería á la monarquía y á la realeza su antiguo prestigio, estuvo á su lado y le auxilió en todo. Por él pudo Lafayette estar al corriente de todo lo que ocurría en palacio. Pero los sucesos de Nancy habían quebrantado fuertemente la popularidad del general, y éste, temeroso de perderla, se apartaba cada vez más de todo lo que pudiera comprometerle en favor de una restauración del antiguo régimen. Montmorin, pues, se unió con Mirabeau, y entrambos trabajaron con ahinco para hacer aceptar al rey un plan que debía producir la disolución de la Asamblea nacional que esperaban conseguir que reclamaran los departamentos, pero uno y otro, liberales y constitucionales, á la vez que prestaban en favor del rey el veto absoluto, pedían una nueva Asamblea que debía reunirse en Copiegne bajo la protección de los soldados de Bouillé, Asamblea que debía revisar la Constitución bajo la base de la radical abolición de los derechos feudales, la creación de dos cámaras, la subordinación de los empleados á los ministros respectivos, y la inde-

pendencia gubernamental de éstos, en suma, á condición de organizar una monarquía liberal y constitucional templada. El rey les dejaba hacer y comprometerse mientras por su parte negociaba con Breteuil la intervención del extranjero, y con Bouillé buscaba por medio del apoyo de sus tropas la manera de escapar de París, es decir, el modo de alejarse del lado de la Asamblea nacional, que se hubiera convertido por este hecho en un Parlamento largo, y que como éste, hubiera acabado por llevar al tajo la cabeza de su rey.

La reina, ¿por qué plan estaba?

Sabía María Antonieta la profunda antipatía que inspiraba, y como María Enriqueta no pensaba más que en huir, pero gracias indudablemente á los consejos de Leopoldo II, su hermano, comprendía que era un absurdo querer restaurar lisa y llanamente el antiguo régimen. Esta es justicia que se debe á la reina, y esta justicia se le ha hecho en nuestros días por publicistas liberales. La reina, pues, era una adversaria resuelta de los planes de los emigrados, así cuando éstos propusieron levantar á Lyon la reina pudo facilmente convencer al rey de lo arriesgado que era tal proyecto, al que ya de por sí negaba la aprobación el pusilánime monarca. Quedaba, pues, el plan de Mirabeau, pero el *marqués*, era de los que habían excitado su odio y menosprecio y ya hemos dicho que cuando esto sucedía la reina era implacable.

No quedaban, pues, más que dos caminos ó escapar á la Vendee ó al Mediodía cuyo espíritu realista era bien conocido, ó acercarse á la frontera del imperio alemán por medio de Bouillé con la seguridad del apoyo que ofrecía el emperador Leopoldo que acababa precisamente de imponerse á los belgas.

De todos estos planes sabían algo los patriotas, y en general se tenía el presentimiento de que Luís XVI procuraría la ocasión de huir á toda costa de París, de lo que resultaba esa agitación ruda y tenaz que lo destruía todo y que no puede estudiarse más que en los diarios patriotas. Cuando esto no se toma en cuenta, Loustalot y Desmoullins parecen dominados por el *delirium tremens* que devoró á Marat. Hoy, en nuestra época de excepticismo y de indiferencia, en nuestra edad anti-idealista, no se puede comprender cómo se podía morir de angustia por la marcha de la revolución á los veintinueve años y con la pluma en la mano, y sin embargo, este fué el fin de Loustalot, á quien mataron los sucesos de Nancy,—19 Setiembre de 1790. Es necesario leer los discursos que se pronunciaron ó escribieron á propósito de este fallecimiento, por

Legendre, Frenon, Brissot, Desmoulins y Marat, tachado de catástrofe nacional, para comprender la extrema agitación de los ánimos y el estado álgido de las pasiones en aquellos días. Sentíase todo inseguro, todo bamboleante, y sin embargo, la necesidad obligaba á apoyarse en lo mismo que empujaba para derribarlo todo. Esto, naturalmente, explica la oposición que se hace á la Asamblea por los diarios republicanos. Estos diarios que llegaron á tirar 200.000 ejemplares como la *Revolución*, de Lous-



ANACHARSIS KLOTZ

de Brabante á la de París, no teniendo ninguna de las responsabilidades del poder, ¿podía dejar de cargar contra el general por su pusilanimidad? Desmoulins podía sentir que entre Francia y Austria habían mediado negociaciones y compromisos, podía hasta saberlo de ciencia cierta, aún cuando ignorase lo pactado ó convenido, y estos conciertos ó ingerencias extranjeras habían de exaltarle, porque al fin y al cabo, María Antonieta y el comité austriaco, le enseñaban lo que se podía esperar de Leopoldo.

Veían por otra parte los periodistas franceses cómo se iba formando moralmente la coalición europea realista contra la revolución. Dieron la señal Calonne, el consejero del conde de Artois, y, triste es decirlo, Mounier, á su ejemplo, ó á su voz de alerta, respondió el exaltado Burke con su libro intitulado *Reflexiones acerca de la revolución francesa* que dió muy pronto la vuelta al mundo, y Burke

talot, no se daban cuenta de su obra de propaganda, porque de tener conciencia de lo que hacían, aquellos llamamientos desesperados que dirigían al pueblo, hubiesen aparecido en otra forma.

Pero se comprende, dado lo que hemos dicho de la política exterior de Lafayette, ¿cuál había de ser el tono de la polémica de Desmoulins contra el general, cuando, pudiendo salvar la revolución de Brabante, la abandona por no sacar la espada? Desmoulins, que como hemos dicho, unió la revolución

hacia algo más que escribir un libro, como hombre político y de primera talla escribía aquí y allá excitando á la intervención. Esta actitud de Burke dió crédito al rumor de que el mismo Pitt, jefe del gobierno inglés, preparaba de acuerdo con los reyes la contrarrevolución y la entrada de los extranjeros en Francia. Ahora bien, cuando todo esto que se creía y presumía y se sabía era exacto en el fondo, ¿no era natural que los hombres que se sentían amenazados se organizaran fuertemente para hacer frente á la contrarrevolución que se les venía encima?

Es en este momento cuando los Clubs de París se organizan fuertemente y se solidan. El primero de todos, por su venta y robusta acción, es el de los Jacobinos que era algo más que un club parisién, era la Francia revolucionaria. Ya hemos dicho que los Jacobinos eran la continuación del club Breton, y la fuerza de éste nos es bien conocida.

Nótese bien que esos Jacobinos parisienses que cubrieron entera Francia con sus sucursales, tienen por jefes al triunvirato que acabó con Mirabeau, de quien siempre desconfiaron y cuyos planes revelaron, ora en la Asamblea nacional, ora en el mismo club, es decir, á Duport, á Barnave, á Lameth (Alejandro) que nunca fueron republicanos, y que con ellos estaban Sieyes, la Chapelier, Bailly, Lafayette y Condorcet, bien que en otro club, en el *Club del 89*, cuyo espíritu revela ya su nombre, y que no

ejerció acción alguna sobre las masas como el primero, pues era un club de sabios, de teóricos. El abate Fouchet fundó otro, el *Círculo social*, club de reformadores utopistas, que se atrajo desde luego la ira de los Jacobinos y de los *Cordeliers*, porque creían que en aquellos momentos no se debía distraer al pueblo con místicas consideraciones sobre un nuevo cristianismo destinado á reformar el mundo entero, y dicho se está que si el *Círculo social* era antipático á los Duport y á los Barnave, mucho más



LEOPOLD II

había de serlo á los Desmoulins, á los Marat, á los Danton y á los Clootz que eran los jefes de los *Cordeliers*, club franca y decididamente republicano sostenido por los diarios republicanos citados y por el de Brissot, *Las revoluciones de París* que ejercía gran influencia, no solo por el talento real de su autor, sino también por la posición que ocupaba su redactor, pues Brissot era uno de los miembros de la municipalidad de París más escuchados. Los Jacobinos tenían también su diario que apareció á fines de Octubre de 1790 bajo la dirección de Lacos, hombre de mala reputación moral y el más activo agitador del partido orleanista, quien trajo al club al hijo mayor del duque, al que debía ser cuarenta años más tarde Luís Felipe I rey de los franceses. Al lado de estos señores del club de los Jacobinos figuraba el grave y austero Robespierre, y su

presencia en dicho club á fines de 1790, nos indica cuán lejos estamos aún del momento en que la idea republicana se ha de imponer con toda la fuerza de la fatalidad. Pero no nos despedamos de los clubs sin dar á conocer una de las más geniales fuerzas y de la popularidad del club de los *Cordeliers*. Aludimos á la *bella liejesa*, á la *bella extranjera*, á la *primera amazona de la libertad*, á Theroigne de Mericourt, que fué la que capitaneó sable en mano á las parisienses en las jornadas de los días 5 y 6 de Octubre, que estuvo en el fuego cuando el asalto de las Tullerías, la mujer que se ha querido presentar como una ramera vulgar, y que enloqueció de vergüenza el día que las mujeres de *la montaña* la zurraron en público.

Estos clubs liberales y patrióticos hubieron de entrar muy pronto en lucha con los que reformaron

con el título de clubs monárquicos, y que no eran más que contrarrevolucionarios, clubs que la fuerza de las circunstancias hicieron cerrar, pues se comprendió que cuando tan amenazada estaba la revolución, esos clubs no menos exagerados que los liberales y reclamando la intervención extranjera, eran un ultraje á todo lo que representaban los clubs patrióticos y un desafío. Recogido el guante, la municipalidad tuvo que disolverlos para que el desorden no se enseñorease de las calles de París.

Tal era la situación de París y de Francia cuando la actitud del clero exasperando á los mismos diputados les ofuscó hasta el punto de hacerles caer en el desalentado decreto que les exigió el juramento cívico. Hemos visto en nuestros días á qué conduce obligar á jurar poderes é instituciones que se detestan y contra los cuales se jura en el momento mismo en que se quiere obtener su reconocimiento.

Sin embargo, debemos decir que en 1790 eran los hombres revolucionarios los que protestaban contra esa exigencia, y eran los realistas patriotas los que lo declaraban imprescindible. Fueron Lameth, Camus, Mirabeau, Barnave y los suyos pidieron y obtuvieron de la Asamblea el decreto sobre el juramento, y esto contra Robespierre, Desmoulin y Marat que pedían se respetara la conciencia de los ciudadanos.

Votado el juramento cívico para el clero, era ahora necesario que sancionase el decreto el rey, y este naturalmente se presentó desde luego lo menos dispuesto posible. Un mes iba por transcurrir, cuando el día 23 de Diciembre de 1790, Camus toma la palabra y en un apasionado discurso, condena la conducta del rey y pide que se le haga respetar la voluntad nacional. Alejandro Lameth, presidente de la Cámara, hizo apoyar la proposición Camus y en su consecuencia se envió al rey una diputación que le obligara á sancionar el decreto de 27 de Noviembre, y como todo el mundo preveía ya la negativa del rey, la Asamblea á propuesta de Camus y á pesar de los apóstrofes del abate Maury, acordó aquel mismo día que se elevase en París á J. J. Rousseau una estatua en nombre de la Francia libre, estatua que sólo la tercera república ha podido levantar. Respondió en efecto el rey el día 23 de una manera evasiva, y como lo Asamblea estaba resuelta á todo, el mismo día acordó que al siguiente fuera su presidente á ver al rey, á fin de traer á la Cámara la resolución del rey por escrito, refren-

dada por el ministro. La resolución era conminatoria y Luís XVI pudo ver como esta resolución la apoyaban los mismos que el 5 de Octubre habían ido á Versalles á enseñarle como la revolución entendía ser servida por su rey. En efecto, la población de París se amotinó, corrió á las Tullerías y el rey pudo convencerse de que no le quedaba más recurso que sancionar, sino quería ver de nuevo á los patriotas en su propia cámara. De este tumulto, Luís Blanch, lo mismo que E. Martín han atribuido su oportunidad á la corte. Nosotros creemos que no es necesario esto para acusar la duplicidad del rey. Hasta aquí, no le hemos visto ceder más que á la fuerza, los más importantes decretos de la Asamblea fueron sancionados de igual manera. ¿A qué negarlo? ¿A qué negar que Luís XVI cedió siempre ante la amenaza? ¿Para condenar al infeliz rey se necesita acusarle de haber faltado á sus juramentos? Nosotros no le hemos acusado ni le acusaremos más que su falta de sinceridad. Podía firmar los decretos reservándose su libertad de acción, esto era lo digno, lo decoroso. Lo que no podía hacer Luís era después de firmados, asegurar que los cumpliría cuando nadie le pedía tal confesión. Sancionó, pues, el rey el decreto relativo al juramento cívico del clero el 26 de Diciembre de 1790, y Dupont du Tentre lo refrendó. En su virtud, debía el clero prestar el juramento el día 4 de Enero de 1791. Luís XVI había sido, pues, nuevamente vencido por la fuerza, tuvo derecho á quejarse, pero en aquellos mismos días, el hombre que más había osado contra su corona, y aún señalado más de una vez su cabeza, Desmoulin, prestaba también su juramento. En 1790 la intolerancia estaba en todas partes.

Desmoulin quiso casarse con Lucila Duplessis, y las preocupaciones de la época exigieron á Desmoulin el matrimonio religioso en regla, á la sazón no había otro, y Desmoulin no tuvo más remedio que oír misa y confesarse y aún gracias que la Iglesia bendijera su unión, pues, no estaba dispuesto á darla al hombre que se había atrevido á escribir que, á sus ojos era tan evidente la religión del Cristo como la de Mahoma. Testigos de la boda lo fueron por parte de Lucila, Sillery y Petión. Por parte de Camilo, Robespierre y Brissot. Cuatro años más tarde todos habían desaparecido. El novio mató á su padrino Brissot. Su padrino Robespierre mató á todos. El idilio de Lucila y Camilo acabó en la más espantosa tragedia.



## CAPITULO X

### MUERTE DE MIRABEAU

Cómo Mirabeau arruinó su robusta salud.—Cómo es acogido en todas partes su triunfo sobre el juramento cívico del clero.—El clero y el Papa contra la Asamblea.—Acuerda la Asamblea dar un *Manifiesto* á la nación.—El manifiesto de Mirabeau.—Lamourette.—Es desechado por la Asamblea.—Mirabeau y la corte.—Excita al rey á la contrarrevolución.—Plan contrarrevolucionario de Mirabeau.—Porque la corte se desatendió de los proyectos de Mirabeau.—Proyectos de la corte.—Salen de Francia las tías del rey.—Actitud del pueblo francés.—Marat promueve una sedición.—Resuelta actitud de Lafayette.—Ley contra la emigración: 28 de Febrero de 1791.—Robespierre y Brissot se declaran contra la ley.—Mirabeau consigue que se rechace el proyecto.—Fracaso del movimiento contrarrevolucionario: los caballeros del puñal.—El joven Beauharnais.—Actividad patriótica de Lafayette.—Humillación de palacio.—Intervención funesta del rey.—Mirabeau se presenta por última vez en el club de los Jacobinos.—Justifica su conducta.—Sus últimos momentos parlamentarios.—Su enfermedad.—Consternación general.—Su muerte: 2 de Abril de 1791.—Funerales de Mirabeau.—El Panteón.—Protesta de Marat.—Marat en el Panteón expulsa á Mirabeau.—Actitud de Petión.—Cómo se debe juzgar á Mirabeau.—Juicio de E. Martín.—Juicio de Lamartine.—Nuestra opinión.



MIRABEAU realmente se mató al querer llevar por su camino la Asamblea. El doble papel que representaba Mirabeau á todas horas, y en todas partes había de acabar con su existencia, aún cuando fuera la de un Hércules. No lo supo nunca ver el hombre obligado á tirar ó á dejarse arrastrar por el carro revolucionario, y como á su lado no tenía ni quien le quisiera, ni quien le comprendiera, y los que podían darle estos auxilios dejaban que se agotase aquella fuerza que tanto les había amparado en los más difíciles momentos, Mirabeau arruinaba su salud en esa lucha titánica é insostenible por un solo hombre.

Es la proposición de Mirabeau la que se acepta como ya hemos dicho, sobre el juramento del clero. Mirabeau vence á Lameth, consigue que no sea tan conminatorio ni tan severo el decreto de la Asamblea, pero su victoria es condenada por todo el

mundo. Por los revolucionarios porque ha echado agua al vino; por la corte porque no ha vencido sin concesiones. El clero á quien él creía haber ayudado á salvar, dice de su discurso «que es aún más detestable leído que oído,» esto cuando Mirabeau esperaba que se le agradeciera lo hecho, pues, no dejó de escribir á La Mark lo que significaba su discurso para que previniera al arzobispo de París, no fuera que tampoco le entendiera, pues en la Asamblea sólo el obispo de Perpiñan y el abate Prodt le habían comprendido.

Mirabeau, quería, pues, ser comprendido, cuando precisamente su fuerza estribaba en no serlo, pues si lo fuera por sus adversarios, Lameth á quien más de una vez hubo de pedir clemencia en el club de los Jacobinos, ¿dejará de aplastarle con sus invectivas, y Barnave dejará de acudir al lado de su compañero para señalarle? Mirabeau quería ser adivina-